

Aproximación al estudio del mobiliario fenicio en la Península Ibérica

Approach to the study of the Phoenician furniture in the Iberian Peninsula

Juan Antonio MARTÍN RUIZ

Centro de Estudios Fenicios y Púnicos
jamartinruiz@ya.com

Recibido: 23-03-2005
Aceptado: 19-09-2005

RESUMEN

Abordamos en este ensayo un tema poco habitual en los estudios sobre la colonización semita en el extremo occidente, como es el de los muebles que utilizaron durante varios siglos y que también llegaron hasta las comunidades indígenas. Aunque contamos con muy pocos datos sobre el tema, hemos podido distinguir varios grupos según la funcionalidad que tuvieron. Al mismo tiempo, examinamos el papel que estos bienes pudieron jugar en el comercio que mantuvieron con las poblaciones autóctonas peninsulares.

PALABRAS CLAVE: *Mobiliario. Fenicio. Península Ibérica. Comercio. Indígenas.*

ABSTRACT

In this article we deal with an unusual topic within of the studies of semitic colonization in Western Europe: the furniture. It was used over several centuries and even came to be used by the indigenous. Though we have little information, we have made different groups according to their functionality. At the same time we examine the role that these goods could play in the trade that they supported with the autochthonous peninsular population.

KEY WORDS: *Furniture. Phoenician. Iberian Peninsula. Trade. Native Peoples.*

SUMARIO 1. Introducción. 2. El mobiliario fenicio en contextos coloniales. 3. El mobiliario fenicio en los contextos indígenas. 4. Bienes de un comercio aristocrático. 5. Conclusiones.

1. Introducción

A lo largo de las últimas décadas hemos sido testigos de una serie de avances, que podemos considerar realmente importantes, en nuestro conocimiento acerca de la problemática que suscita la colonización fenicia en el Mediterráneo occidental. Sin embargo, y a pesar de los indudables logros obtenidos en este sentido, apenas sabemos nada sobre multitud de aspectos de su vida cotidiana, extremo que podemos hacer extensible a la visión que tenemos sobre el mobiliario que éstos emplearon en los diversos asentamientos que en su día fundaron en las costas hispanas.

Creemos que son varios los factores que han podido contribuir a esta situación. De un lado la parquedad de las fuentes escritas que, al contrario de lo que acontece en Oriente Próximo, guardan un mutismo casi absoluto si las interrogamos en esta dirección. De otro la propia naturaleza de los materiales con que fueron elaborados, en gran parte perecederos como la madera o el esparto, con el que según Plinio (*N. H.*, XIX, 27) los habitantes del área de Cartagena hacían sus lechos (García y Bellido 1978: 176), materiales que difícilmente se han conservado. Tampoco contamos con pinturas sobre vasos cerámicos, ya que los alfareros fenicios no suelen decorar sus recipientes como lo hacían por ejemplo los artesanos griegos, en los que sí vemos multitud de objetos de estas características, ni nos han llegado hasta el momento las estelas y relieves que tan abundantemente se documentan en los yacimientos fenicios y cartagineses del Mediterráneo central, tan sumamente útiles en este sentido.

Aun así, creemos interesante realizar un primer posicionamiento sobre este aspecto, el cual no podrá sobrepasar por el momento el nivel de mero estudio introductorio a la espera de disponer de un registro arqueológico más abundante. A tal fin hemos optado por abordar un período de tiempo que abarque desde los inicios de la presencia en nuestra Península hasta el cambio de Era, momento en el que la impronta romana rompe con el sistema preexistente.

Hemos de señalar que, aunque como es lógico la mayor parte de estos muebles fueron utilizados por los fenicios en sus zonas de hábitat, casi todos los hallazgos constatados proceden de áreas de enterramiento, lo que no es obstáculo para que sus características no varíen sustancialmente con independencia del contexto en que aparezcan, salvo en

el caso de unas cajas de piedra que veremos enseguida y cuya presencia sólo suele constatarse en un ámbito funerario muy concreto como es el yacimiento almeriense de Villaricos.

Nos detendremos igualmente en examinar el papel, hasta el presente poco valorado, que estos elementos pudieron jugar en el activo comercio que realizaron los fenicios con aquellas comunidades indígenas que los rodeaban. Para ello veremos también los distintos restos materiales conocidos en estos contextos que podemos adscribir a muebles de procedencia fenicia, intentando averiguar a qué sectores de dichas sociedades pudieron haber estado destinados. Hemos de señalar, sin embargo, que no han sido incluidas aquellas representaciones que puedan aparecer en sellos o escarabeos encontrados en nuestra Península, dado que al haber sido confeccionados en otros lugares no podemos saber con certeza si responden a modelos fabricados aquí.

2. El mobiliario fenicio en contextos coloniales

A grandes rasgos podemos establecer tres grupos básicos tomando como referencia la función que estos objetos tuvieron, y que son los asientos, los reposa pies o escabeles y los contenedores.

2.1. Asientos

Encontramos tanto sillas plegables denominadas de tijeras y, por consiguiente, móviles, junto a otras rígidas a modo de tronos. Las primeras se conocen gracias al hallazgo de dos charnelas de hierro en la tumba 66 de Jardín del siglo VI a. C. (Schubart y Maas-Lindemann 1995: 155-156), además de dos relieves de piedra caliza de la necrópolis de Villaricos, pues aunque uno de ellos se conserva en una colección privada de Cuevas de Almanzora ha podido averiguarse que dicha pieza había sido descubierta en Villaricos el año 1897 y trasladada posteriormente a aquella localidad (Blázquez 1977: 293; Ruano 1992: 47). En ambos relieves se aprecia una figura antropomorfa bifronte sentada entre dos caballos (Fig. 1), aunque podemos advertir algunas diferencias en cuanto a sus asientos pues en el relieve trasladado a Cuevas de Almanzora se advierte la existencia de unas bandas horizontales que unen las patas en su parte inferior, lo que serviría sin duda para darle mayor estabilidad, algo que no acontece en la otra pieza (Ruano 1992: 42 y 79).

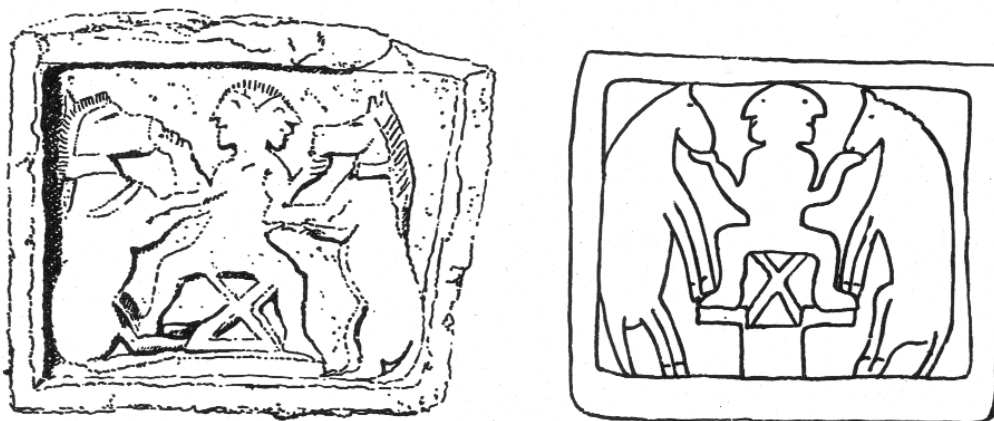


Figura 1.- Sillas de tijeras de Villaricos (Fuente: Ruano 1992).

Sin embargo, no existe acuerdo entre los estudiosos a la hora de valorar como pertenecientes a este tipo de charnelas una serie de varillas de hierro y bronce que han aparecido en tumbas del grupo J de Astruc (1951: 78), pues si para algunos autores (Almagro 1977: 373) estos elementos serían efectivamente parte de estos muebles, otros consideran que su excesiva longitud imposibilita del todo esta circunstancia (Schubart y Maass-Lindemann 1995: 155).

Estas sillas, que responden a prototipos sirios y asirios (Gubel 1987: 205), estaban fabricadas en madera careciendo de cualquier tipo de respaldos, con unas patas que se cruzan en aspa y un asiento confeccionado con tela, piel o cuero, siendo metálicos tan sólo aquellos elementos que debían facilitar su apertura y cierre. Aunque en Jardín no se había depositado escabel alguno en el ajuar funerario, el relieve almeriense muestra que ambos elementos podían complementarse.

Ya refiriéndonos a las sillas rígidas (Fig. 2), contamos con dos ejemplos en esculturas femeninas de piedra halladas en las zonas de enterramiento de Cádiz y Villaricos. La primera, datada en el siglo IV a.C., había sido reutilizada para formar parte de uno de los laterales de una sepultura de inhumación de época romana imperial (Marín y Corzo 1991: 1025-1027), en tanto la segunda apareció entre las tumbas de incineración e inhumación que conformaban los grupos III de Siret (1985: 28) y J de Astruc (1951: 81). Se trata de sillas con respaldos altos que permiten descansar todo el cuerpo y lados macizos, siendo el escabel de mayor tamaño que el asiento. En el caso gaditano se advierten unos salientes fracturados en los extremos del respaldo

y donde debía situarse la cabeza, hecho que nos impide conocer con precisión cómo se efectuaba su remate, aunque parece probable que se tratase de algún elemento ornamental.

2.2. Escabeles

Sólo tenemos constancia de la aparición de este tipo de piezas destinadas a colocar los pies de la persona sentada o recostada gracias a las dos escul-

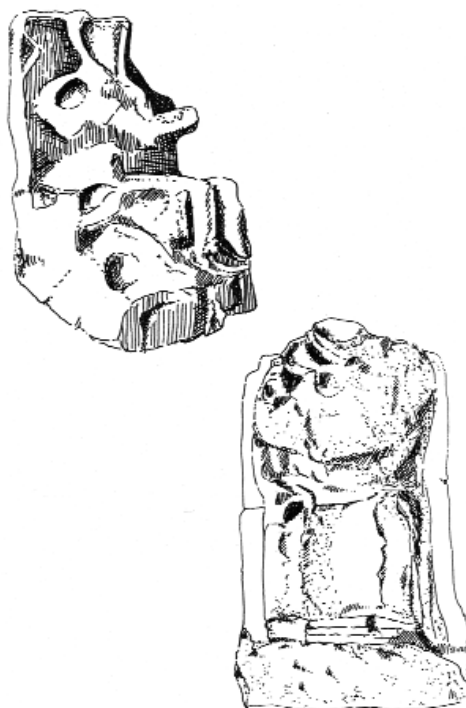


Figura 2.- Sillas rígidas de Cádiz y Villaricos (Fuente: Ruano 1992).

turas de Cádiz y Villaricos, junto a los relieves de este último lugar.

Se trata en ambos casos de escabeles prismáticos que fueron usados tanto en sillas plegables como rígidas. Por lo general son bastante simples al tratarse de una base rectangular en la que se apoyan los pies cuando se emplean sillas rígidas, o sobre la que se coloca la silla si ésta es plegable (Ruano 1992: 82). No obstante, encontramos un ejemplo en el que esta pieza se hace más compleja, pues consta de una base más estrecha en la que se inserta la silla plegable evitando así su movimiento, de la que sobresalen a ambos lados soportes laterales elevados para facilitar el descanso de los pies (Blázquez 1977: 294; Ruano 1992: 47).

2.3. Contenedores

Incluimos en este grupo a las cajas y arquetas, así como los elementos con que fueron confeccionadas, pues en muchas ocasiones sólo contamos con las bisagras que tenían sus tapas o con fragmentos de las mismas tan pequeños que no permiten su reconstrucción.

Hasta la fecha son cinco las cajas que podemos citar en un marco temporal bastante amplio, como dijimos. La más antigua procede de la sepultura núm. 4 de Trayamar, datable en la segunda mitad del siglo VII a.C. (Schubart y Niemeyer 1976: 232-233). Es una cajita de pequeñas dimensiones, apenas 10 cm. de longitud por 5 de altura, hecha de marfil (Fig. 3). Aunque por lo general se acepta su reconstrucción como si fuese un recipiente de forma rectangular o cuadrada y con un sistema de cierre formado por una caja y su tapa, la cual encaja al cerrar, lo cierto es que, como sus mismos excavadores recuerdan y a pesar de ser bastante plausi-

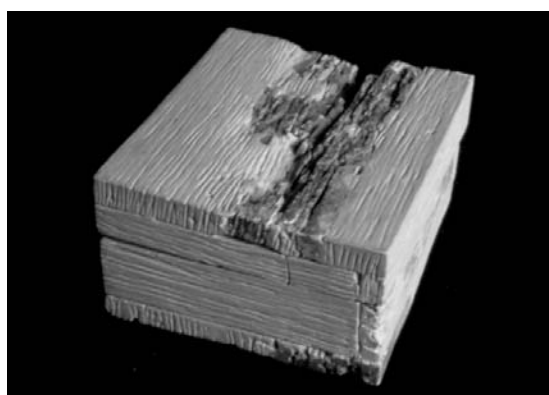


Figura 3.- Caja de Trayamar (Fuente: D. Sedeño).

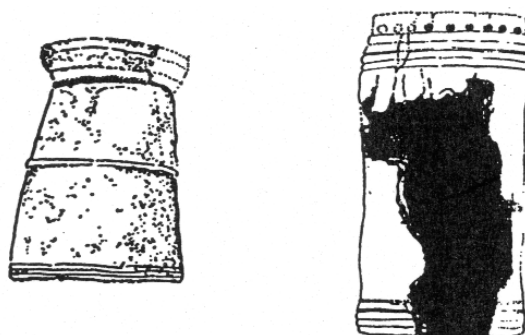


Figura 4.- Cajas procedentes de Cádiz (Fuente: Ruano 1992).

ble, los fragmentos recuperados no permiten estar del todo seguros de la forma que ésta tenía, lo que en todo caso no es óbice para que no parezca existir ningún sistema de bisagras como cierre.

Otros tres recipientes de fechas más recientes, pero que nos hablan de la continuidad en la fabricación de este tipo de piezas, fueron localizados en tumbas de Cádiz. Dos de ellas (Fig. 4) aparecieron en 1916 entre unas tumbas de incineración dentro de urnas cerámicas colocadas en hoyos excavados en la roca. Iban acompañadas de un ajuar formado por ungüentarios helenísticos y de bulbo, un peine de marfil, lucernas romanas y alguna terracota, así como varias monedas que permiten fechar estos hallazgos hacia el siglo I a.C.; aquí se encontró una caja con una original tapa corredera que se desliza hacia fuera para abrirla, como nuestras actuales cajas de dominó. Además, había otra cajita cilíndrica de marfil con dos cuerpos separados por una moldura conservando parte del cierre, aunque no se indica si era de rosca o con un pomo (Quintero 1917: 6, lám.VII). Tal vez sea posible rastrear este mismo modelo de cajas cilíndricas en fechas más antiguas, como sería el siglo V a.C., puesto que en la calle Juan Ramón Jiménez aparecieron varias terracotas femeninas que con toda seguridad fueron fabricadas en la propia Gadir (Álvarez y Corzo 1993-94: 68-69). Aunque es difícil discernir los detalles, se aprecia con claridad cómo una de ellas porta en su mano izquierda una cajita circular de la que sobresale una tapadera cónica.

La tercera de las cajas gaditanas a las que aludimos fue descubierta en 1927. Es un objeto de marfil que estaba en la mano de una inhumación que podemos situar también en el siglo I a.C. Con forma circular contaba con una tapa que encaja con el cuerpo. Ambas estaban talladas pues la superficie superior de la tapa mostraba una efigie femenina,

pastosa de color negro. Un dato interesante es el cambio generalizado que se aprecia en el material con el que se confeccionaron estas bisagras, pues ha podido constatarse que hasta el siglo IV a.C. se usan indistintamente el marfil y el hueso, en tanto a partir de esa fecha sólo las encontramos hechas de hueso, lo que puede interpretarse como un deseo de abaratar estos productos (Pérez-Malumbres *et al.* 2000: 16).

Existe otro tipo de recipientes que no han llegado hasta nosotros de una forma directa aunque sí podemos intuir su presencia. Nos referimos a los objetos que fueron realizados con materia orgánica, en concreto con fibras vegetales. Así, además de la alusión ya comentada de Plinio sobre los lechos fabricados con esparto, se ha planteado la posible existencia de recipientes de esta naturaleza en una de las tumbas de Trayamar, al igual que acontece en Cartago. En concreto sus excavadores sugieren la posible utilización de cestos de estas características en las incineraciones 4a y 4b (Schubart y Niemeyer 1976: 139). Algo más de precisión nos proporciona la necrópolis de Gibralfaro en Málaga, pues aquí se documentó la impronta dejada por uno de estos canastos sobre una capa de cal que cubría una sepultura, impronta de la que por desgracia no existe constancia gráfica alguna (Guillén 1984: 453, nota 1).

Respecto a los utensilios que emplearon los fenicios en estas costas para confeccionar sus muebles poco nos ha llegado por el momento a diferencia de lo que acontece en Oriente (Gubel 1987: 31-32), pues aparte de algunos punzones metálicos que se ha sugerido pudieron haber sido usados con esta intención, poco más podemos aducir (Mansel 2000: 1602).

3. El mobiliario fenicio en los contextos indígenas

Aunque no cabe duda de que buena parte del mobiliario que usaron las comunidades indígenas debió ser elaborado por ellas mismas, es posible encontrar en estos contextos una serie de restos que ofrecen características netamente orientales y que pueden sernos muy útiles a la hora de aumentar el parco volumen de información proporcionado por los propios enclaves de origen oriental.

En este sentido cabría recordar algunas esculturas y relieves cuya introducción muy posiblemente

habría ayudado a difundir estos modelos, como sucede con la diosa de Galera, la cual aparece sentada sobre un mueble ceremonial que combina elementos fenicios y del sur de Siria, como es un trono sostenido por esfinges y que sin duda fue muy apreciada por sus poseedores ya que, a pesar de haber sido elaborada a finales del siglo VIII o comienzos del VII, fue descubierta en una sepultura del IV a.C. (Blázquez 1975: 187-192; Gubel 1987: 75-79). Digno de mención es también el monumento funerario de Pozo Moro, de hacia el 500 a.C., donde se nos muestra una escena de banquete en cuyos relieves aparecen representadas una serie de figuras entre las que destaca un ser de aspecto monstruoso sentado en un trono con garras de animal, alto respaldo, brazos laterales y decoración formada por colgantes bajo los mismos. Vemos, además, una silla de tijeras y una mesa formada por un simple tablero en la que una de las patas aparece calzada con un elemento en forma de aspa (Almagro 1982: 255; Ruano 1992: 48).

Un ejemplo de estas producciones orientales lo encontramos en la caja de marfil de La Joya, en la que se usaron plata para las bisagras y bronce para reforzar las esquinas, si bien es muy posible que el cuerpo de la misma hubiese estado realizado con madera (Garrido y Orta 1978: 106). Datada en el siglo VII a.C., fue confeccionada mediante estrechos listones rectangulares que le dan forma y decorada con figuras humanas en sus esquinas. El sofisticado sistema de bisagras que muestra, en el que éstas quedaban insertadas a la vez en sendas espigas y en los largueros mediante un sistema de concavidades cúbicas, permite mantenerla semiabierta en un ángulo de 45° mediante el uso de pasadores.

También de Huelva son un par de fragmentos de hueso del siglo VI a.C. que integraban cajas o arquetas hallados en el nivel IV de la calle Puerto núm. 6 y el nivel Vb de la calle Méndez Núñez (Fernández 1988-89: 240-243) (Fig. 7). Ambos aparecen decorados con un motivo de palmetas superpuestas, existiendo en el segundo caso unas ranuras para la inserción, así como un saliente superior y muescas que hacen que sea posible vincular esta pieza con los extremos de una caja.

Igualmente podemos considerar que un elevado número de fragmentos ebúrneos procedentes de yacimientos sevillanos pueden adscribirse a muebles, pues no debemos olvidar que entre los fenicios era práctica habitual utilizar este material como revestimiento de muebles de madera (Harden 1985:



Figura 7.- Fragmento de una caja de Huelva (Fuente: Diputación de Huelva).

124). Sin embargo, hemos de confesar que, aun cuando la mayoría pertenecen a cajas o arquetas, no cabe descartar que algunos pueden corresponder a otro tipo de mobiliario, ya que en Oriente estas placas o paneles se colocaban para revestir no solamente cajas y arquetas, sino también escabeles, tronos y lechos (Uberti 1998: 457 y 464), extremo que volvemos a ver en la isla de Chipre, donde el rico mobiliario de las tumbas de Salamina cubre su núcleo de madera con lujosos materiales como el marfil, el oro y la plata (Karageorghis 2000: 168-168).

Cruz del Negro ha facilitado, además de otros restos de los que hablaremos más tarde, fragmentos de varias cajas ebúrneas circulares y de posible tendencia rectangular en las que se observan ranuras, perforaciones y muescas que servirían para facilitar su ensamblaje (Bonsor 1928: 15-20, 37-48 y 67-101; Aubet 1978: 47-57). Uno de estos fragmentos presenta un particular interés por cuanto en él se grabaron un par de signos que, casi con toda segu-



0 5 cm.

Figura 8.- Placas de marfil procedentes de Bencarrón (Fuente: Aubet 1981-82).

ridad, corresponden a numerales o letras destinadas a permitir su montaje (Aubet 1978: 34 y 55).

En Bencarrón (Fig. 8) se han hallado algunas placas decoradas por las dos caras, lo que hace pensar que se trata de tapas o bien tabiques internos que permitirían la existencia de compartimentos, de manera similar a lo que sucede en sendas cajas localizadas en Puig des Molins (Aubet 1981-82: 235-243) y Cartago (Cintas 1951: lám.LIII), aunque en estos dos últimos casos las cajas hayan sido hechas con otro material sin que sea posible desmontarlas.

Para Santa Lucía cabe aludir a alguna píxide y a placas que conformarían cajas, sin que puedan hacerse más precisiones (Aubet 1981-82: 258-262), en tanto los túmulos de Setefilla han facilitado placas de revestimiento que tendrían esa misma finalidad (Aubet 1981-82: 269-274), al igual que acontece con algunos fragmentos de Alcantarilla (Aubet 1980: 40-42). Para acabar con el grupo sevillano hemos de comentar la presencia en el yacimiento de Acebuchal de placas rectangulares que, como hemos visto en Bencarrón, pueden llegar a decorarse por ambas caras, y que en alguna ocasión muestran una oquedad para su inserción en un posible armazón de madera (Aubet 1980: 22-25).

Fuera del área andaluza podemos recordar Cancho Roano, donde se documentó una caja de marfil del siglo V a.C. que había sido fabricada de tal forma que podía desmontarse. Consta de cuatro patas

decoradas con el ya conocido tema de las palmetas superpuestas, además de paneles transversales en los que se ejecutaron ranuras y muescas (Maluquer 1983: 89-91; Aubet 1981-82: 254).

Un último e interesante ejemplo a aducir es el lecho del siglo VII a.C. de El Torrejón de Abajo en Cáceres, por cuanto hasta el presente este tipo de muebles no se documenta en el registro colonial. Sólo se han conservado varios vástagos bronceos con forma de cabezas de esfinges y leones que rematarían los ángulos de un cuerpo de madera, figuritas que muestran una serie de signos destinados a facilitar su ensamblaje (Jiménez 1998: 88). Es muy posible que debamos añadir otro lecho como evidencia el prótomo de león de la colección Calzadilla, integrada por materiales que provienen sobre todo de la provincia de Badajoz (Jiménez 1988: 91).

4. Bienes de un comercio aristocrático

Es manifiesta la escasez de artefactos elaborados en marfil que percibimos en los asentamientos y necrópolis fenicios en la Península Ibérica, donde se supone que se situaban estos talleres, algo que contrasta con la relativa abundancia que se detecta en los ambientes indígenas, particularmente en los tartésicos. En cambio, como hemos podido comprobar, sobre todo durante el período Orientalizante buena parte de los muebles que podemos considerar de factura oriental aparecen en enterramientos indígenas que evidencian un alto estatus social (Ruiz 1989: 278-282; Martín 1992: 29-34). Ello pone de manifiesto que, junto a otros bienes, las elites dirigentes introducen durante los siglos VII-VI a.C. estos elementos como símbolo de su poder al tratarse de objetos de lujo, siendo así que incluso se ha sugerido que algún caso, como acontece con el lecho cacereño, pudo haber sido fabricado ex profeso para su propietario (Jiménez 1998: 88). A tenor de las muescas y ranuras existentes en un buen número de estos muebles conocidos en ambientes autóctonos parece claro que fueron fabricados de tal manera que podían ser desmontados, algo que facilitaría enormemente su transporte. Así mismo, no parece ser otra la intención que llevó a los artesanos a grabar los signos para su montaje que hemos visto en no pocas piezas, ya sean de marfil, caso de Cruz del Negro, o bronce como el lecho cacereño, señal evidente del deseo de facilitar dicha labor en un contexto distinto al de su fabricante.

Es muy posible que este hecho se explique si tenemos presente que los artesanos fenicios parecen haber destinado estas producciones a satisfacer una demanda externa y no local (Aubet 1981-82: 279), extremo que puede ayudarnos también a comprender mejor las características de la decoración de muchos de estos marfiles, en la que se entremezclan motivos carentes de cualquier intencionalidad simbólica o religiosa (Aubet 1978: 70-71, 1981-82: 276-278).

En este sentido resulta difícil discernir si nos hallamos en todos los casos ante artesanos fenicios o cabe admitir la inclusión de elementos indígenas, sin negar que los primeros pudieron instalarse en enclaves autóctonos. Así, los fenicios llegaron a comercializar también en Occidente marfiles en bruto como vemos en los colmillos documentados en el pecio del Bajo de la Campana en Murcia (Mas 1985: 126-127) o en los hallados en la costa portuguesa, más concretamente en las desembocaduras de los ríos Arade y Sardo, los cuales se supone fueron empleados para confeccionar pequeños objetos dadas sus dimensiones más bien reducidas (Cardoso 2001: 262-265), sin que olvidemos el reciente descubrimiento de un taco de marfil en bruto en una tumba de Cruz del Negro (Amores y Fernández 2000: 162), lo que puede hablarnos a favor de una producción creada en este lugar, algo sobre lo que volveremos más tarde.

A partir del siglo VI a.C. con el fin del modelo aristocrático que representa la fase Orientalizante parece disminuir la importancia de estas importaciones a la vez que asistimos a un potente desarrollo del mobiliario indígena, si bien no deja de ser manifiesta la influencia que en éste llegaron a ejercer los diseños orientales. A ellos se suman posteriormente los aportes griegos, siendo ya muy extraño encontrar muebles hechos con marfil salvo algunos localizados en contextos muy especiales como puede ser Cancho Roano (Ruano 1992: 103). Esta transformación se muestra plenamente acorde con el cambio que de forma generalizada se ha señalado para el comercio en esta fecha, en función del cual el antiguo intercambio de bienes de lujo y prestigio fue sustituido por transacciones de bienes de consumo más generalizados (López 2000: 127-129). En consecuencia los artefactos elaborados con marfil serán cada vez más escasos, salvo las consabidas bisagras cilíndricas que tendrán algo más de continuidad desde el punto de vista temporal.

5. Conclusiones

Como hemos podido comprobar la información existente sobre el mobiliario fenicio es sumamente escasa, extremo que quizás pueda deberse en parte a la dificultad que entraña el discernir la pertenencia a este tipo de piezas en restos por regla general muy mal conservados y excesivamente fragmentados, cuestión que afecta sobre todo a uno de los materiales más empleado para estos usos como es el marfil.

Si tenemos en consideración los elementos conocidos en yacimientos fenicios el mobiliario documentado hasta el presente queda integrado por asientos rígidos y plegables, escabeles y contenedores, ya sean éstos cajas de forma circular o de tendencia cuadrada o rectangular. En cambio, si sumamos los conocidos en ambientes indígenas encontramos también lechos y mesas, amén de tronos con esfinges de carácter ceremonial. Los objetos más abundantes resultan ser sin duda alguna las cajas y arquetas, seguidos de las sillas y los escabeles, de los que el registro arqueológico no nos ha conservado hasta el momento ningún ejemplo conociéndose su presencia gracias a su representación en esculturas y relieves. Por último irían los lechos y mesas, si bien como es lógico su número, especialmente en este último caso, debió ser bastante elevado.

De todas formas tampoco cabría descartar que algunos de los paneles decorados que ofrecen mayores dimensiones pudieran pertenecer a respaldos de sillas o tronos, muebles de los, que al igual que acontece con los lechos, únicamente suelen quedar algunas estrechas placas grabadas que resulta muy complejo diferenciar de las que conforman las arquetas o cajas, como puede colegirse de los magníficos ejemplares chipriotas (Karageorghis 2000: 168-169).

En cuanto a los materiales utilizados, y sin contar la madera que debió ser empleada profusamente pero que no se ha conservado, vemos una gran variedad que incluye el marfil, el hueso, la arcilla y metales como el bronce y la plata, los cuales pueden llegar a combinarse en una misma pieza. En nuestro caso el profuso uso que del marfil se hace a lo largo del período Orientalizante irá disminuyendo en fechas posteriores hasta que ya cerca del cambio de Era volvemos a hallar un cierto aumento de los objetos fabricados con este material, al menos en el caso gaditano. En este sentido el predominio del

hueso sobre el marfil resulta ser una tónica acorde con lo que se advierte para el resto del Mediterráneo al tratarse de un material sin duda mucho más asequible (Uberti 1988: 456), como vemos que acontece en otros ámbitos del Mediterráneo, como por ejemplo Etruria (Aubert 1988-89: 129). Es muy posible que este hecho implique igualmente un cambio ideológico, pues como es bien sabido el marfil para las poblaciones orientales adquiría unas connotaciones muy especiales vinculadas con el lujo y el poder, siendo al mismo tiempo un material que agradaba a los dioses (Gubel 1987: 23-24).

Aun cuando debieron funcionar talleres en distintos asentamientos coloniales hasta el momento solamente tenemos pruebas fehacientes de tal aserto en un número muy contado de lugares. Parece claro que en Málaga existió, al menos durante los siglos II-I a.C., un taller en el que contaban entre sus componentes con elementos de hueso y arcilla. Posiblemente durante los siglos V-IV a.C. debió emplazarse en Cádiz otro de estos centros de fabricación si tenemos en consideración el elevado número de bisagras de estas características que ha proporcionado, continuando de esta forma una tradición anterior pues cabe recordar que ya se había propuesto el papel que habría jugado este asentamiento a la hora de situar el taller o talleres donde se confeccionaron las arquetas y cajitas que se documentan en las necrópolis de los Alcores (Aubert 1978: 278-279). La aparición de marfil en bruto en una tumba de Cruz del Negro reaviva el debate sobre la posible presencia de artesanos, no sabemos si indígenas o fenicios, en este lugar, aunque este hecho no tiene por qué anular a nuestro juicio el papel propuesto para Gadir.

Creemos que estos objetos, propensos a dejar pocas huellas en el registro arqueológico al igual que sucede, por ejemplo, con las vestimentas, fueron uno más de los bienes que los fenicios introdujeron en sus circuitos comerciales de forma paralelizable a lo que sucede en otras zonas del Mediterráneo, como por ejemplo la isla de Chipre (Karageorghis 1971: 172-175). En este sentido no deja de ser significativo que su aparición tenga lugar sobre todo en sepulturas que evidencian un alto rango. Se trata, pues, de objetos de lujo, auténticos bienes de prestigio elaborados con materiales nobles o que necesitan un importante trabajo técnico altamente cualificado como las bisagras de La Joya, lo que no excluye que podamos encontrar ejemplos en los que se comprueba un bajo desarrollo tecnológico, caso

de la cama de Torrejón (Jiménez 1998: 87). Así mismo no cabe tampoco descartar que los fenicios introdujeran, junto a sus propias elaboraciones, otras procedentes de distintos puntos del Mediterráneo como Etruria o Grecia (Gómez 2000: 111).

En suma, y al igual que acontece en otras zonas del Mediterráneo, nos hallamos ante una producción que se inicia en época arcaica y perdura hasta bien entrada la conquista romana. Se trata de un mobiliario que entroncan directamente con las tradiciones orientales (Harden 1985: 125; Gubel 1987: 275), si bien ello no es obstáculo para que podamos advertir cómo estos talleres fenicios occidentales muestran una cierta libertad a la hora de elaborar

sus producciones, sobre todo sus motivos ornamentales, en particular las destinadas al comercio con las élites indígenas.

En definitiva, pensamos que nos hallamos ante un campo muy sugerente para la investigación no sólo de la vida cotidiana de los fenicios, sino también de los contactos que éstos establecieron con las sociedades indígenas que los rodeaban, en especial con sus élites. Sin embargo, es preciso reconocer la imperiosa necesidad que existe de contar con un mayor caudal de información, pues por el momento sólo es posible esbozar someramente el papel que estos objetos pudieron haber jugado en tales aspectos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALMAGRO GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el período Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana XIV, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1982): Pozo Moro y el influjo fenicio en el período Orientalizante en la Península ibérica. *Rivista di Studi Fenici*, X, 2: 231-272.
- ALMAGRO GORBEA, M. (2002): Melqart-Herakles matando al toro celeste en una placa ebúrneas de Medellín. *Archivo Español de Arqueología*, 75: 59-73.
- ÁLVAREZ ROJAS, A.; CORZO SÁNCHEZ, R. (1993-94): Cinco nuevas terracotas gaditanas. *Boletín del Museo de Cádiz*, VI: 7-82.
- AMORES CARREDANO, F.; FERNÁNDEZ CANTOS, A. (2000): La necrópolis de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla). *Argantonio. Rey de Tartessos*, Ministerio de Educación y Cultura, Sevilla: 157-163.
- ASTRUC, M. (1951): *La necrópolis de Villaricos*. Ministerio de Educación Nacional, Madrid.
- AUBET SEMMER, M.E. (1978): Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir, I. Cruz del Negro. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XLIV: 17-77.
- AUBET SEMMER, M.E. (1980): Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir, II. Acebuchal y Alcantarilla. *Studia Archaeologica*, 63: 5-51.
- AUBET SEMMER, M.E. (1981-82): Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir (y III): Bencarrón, Santa Lucía y Setefilla. *Pyrenae*, 17-18: 231-279.
- AUBET SEMMER, M.E. (1983): Marfiles fenicios de Andalucía. *Revista de Arqueología*, 30: 6-13.
- AUBET SEMMER, M.E. (1988-89): El origen de las placas de hueso de Nora. *Studi Sardi*, XXVII: 125-130.
- BASS, G.F. (1987): Oldest known shipwreck reveals splendors of the Bronze Age. *National Geographic*, 172: 693-732.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. (1975): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*. Universidad de Salamanca, 2ª ed., Salamanca.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. (1977): Dioses y caballos en el mundo ibérico. *Imagen y Mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*, Ed. Cristiandad, Madrid: 290-306.
- BONSOR, J. (1928): *Early engraved ivories in the Collection of the Hispanic Society of America*. New York.
- CARDOSO, J.L. (2001): Achados subaquáticos de defesas de elefante, prováveis indicadores do comércio púnico litoral português. *Os púnicos no extremo Occidente*, Lisboa: 261-282.
- CINTAS, P. (1951), *Ceramique punique*. Paris.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. (1988-89): *Tartessos y Huelva*. Huelva Arqueológica X-XI, 1, Huelva.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1978): *La España del siglo primero de nuestra Era (según P. Mela y C. Plinio)*. Espasa Calpe, 3ª ed., Madrid.
- GARRIDO ROIZ, J.P.; ORTA GARCÍA, M.E. (1978): *Excavaciones en la necrópolis de La Joya (Huelva), II (3ª, 4ª y 5ª campañas)*. E.A.E. 96, Madrid.
- GÓMEZ BELLARD, C. (2000), El comercio etrusco-fenicio: algunos apuntes. *Intercambio y Comercio preclásico en el Mediterráneo*, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, Madrid: 109-114.

- GUBEL, E. (1987): *Phoenician furniture*. Studia Phoenicia VII, Leuven.
- GUILLÉN ROBLES, F. (1986): *Málaga musulmana. Sucesos, antigüedades, ciencias y letras malagueñas durante la Edad Media*. (Málaga, 1880), reed. Arguval, Málaga.
- HARDEN, D. (1985): *Los fenicios*. Ed. Orbis, Barcelona.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (1998): El lecho funerario de época orientalizante de El Torrejón de Abajo (Cáceres). *Madridrer Mitteilungen*, 39: 67-98.
- KARAGEORGHIS, V. (2004): *Chipre. Encrucijada del Mediterráneo oriental 1600-500 a.C.*. ed. Crítica, Barcelona.
- LÓPEZ CASTRO, J.L. (2000): Formas de intercambio de los fenicios occidentales en época arcaica. *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*, Madrid: 123-136.
- MADRIGAL BELINCHÓN, A. (1994): Cajas funerarias ibéricas de piedra en Andalucía oriental. *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, vol.II: 113-120.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1983): *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz, II, 1981-1982*. Universidad de Barcelona, Barcelona.
- MANSEL, K. (2000): Los hallazgos de metal procedentes del horizonte fenicio más antiguo B1 del Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga). *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Cádiz, vol.IV: 16.
- MARÍN CEBALLOS, M.C.; CORZO SÁNCHEZ, R. (1991): Escultura fenicia entronizada de la necrópolis de Cádiz. *Atti del II Congreso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, vol.III: 1025-1038.
- MARTÍN RUIZ, J.A. (1992): *Las sepulturas principescas del período Orientalizante tartésico*. Universidad de Málaga, Málaga.
- MAS GARCÍA, J. (1985): El polígono submarino de Cabo de Palos. Sus aportaciones al estudio del tráfico marítimo antiguo. *VI Congreso Internacional de Arqueología Submarina*, Cartagena: 153-171.
- PÉREZ-MALUMBRES LANDA, A.; MARTÍN RUIZ, J.A.; GARCÍA CARRETERO, J.R. (2000): Elementos del mobiliario fenicio: las bisagras de hueso de la necrópolis de Campos Elíseos (Gibralfaro, Málaga). *Antiquitas*, 11-12: 5-17.
- QUINTERO Y ATAURI, P. (1917): *Excavaciones en Punta de la Vaca y en Puerta de Tierra (ciudad de Cádiz)*. *Memoria de los trabajos realizados en 1916*. M.J.S.E.A., núm.5, Madrid.
- QUINTERO Y ATAURI, P. (1928): *Excavaciones en extramuros de Cádiz*. *Memoria de las excavaciones practicadas en 1927*. M.J.S.E.A., núm. 95, Madrid.
- RUANO RUIZ, E. (1992): *El mueble ibérico*. Madrid.
- RUIZ DELGADO, M.M. (1989): Las necrópolis tartésicas: prestigio, poder y jerarquías. *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, ed. AUSA, Barcelona: 247-285.
- SCHUBART, H.; NIEMEYER, H.G. (1976): *Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo*. E.A.E. 90, Madrid.
- SCHUBART, H.; MAASS-LINDEMANN, G. (1995): La necrópolis de Jardín (Vélez-Málaga, Málaga). *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, 1: 57-213.
- SIRET, L. (1986) [1906]: *Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes*. Ed. Arraez, Madrid.
- UBERTI, M.L. (1998): Gli avori e gli ossi. *I Fenici*, Ed. Bompiani, Milán: 456-471.